

# Plegaria por el Uruguay del futuro

Rafael Paternain

*Siguió la ruta que tenía que seguir, con cierta resignada indolencia e incertidumbre, silbando por lo bajo con la cabeza inclinada a un costado, con el rostro sumergido en el horizonte. Si se extravió fue porque para algunos no existe en realidad un camino derecho. Cuando se le preguntaba qué pensaba ser, contestaba con respuestas evasivas, pues solía decir —y lo había anotado por escrito— que llevaba en sí posibilidades para miles de existencias distintas junto con la secreta convicción, de que en el fondo se trataba de otras tantas utopías...*

THOMAS MANN

## I

En el comienzo fue el desgarramiento, la doble separación. Entonar los adioses frente a las Provincias Unidas y al Imperio del Brasil, para deslizarse luego —revulsiones intestinas y peligrosas advertencias mediante— hacia una graciosa insignificancia y eficaz neutralización. Alguien ha dicho que un puñado de hombres, por pocos que sean y por poco que pesen y signifiquen en el mundo, tienen derecho a vivir, y esa vida cesa cuando subsisten de la piedad ajena. De esta forma, nuestro recorrido se elevó del gesto emancipatorio a la vida propia, de la osadía a la insularidad, de la ruptura al voluntarismo. Sin embargo, como en el pensamiento antiguo de los siglos VI y V A.C., todo es uno y la conversión es muerte.

Cuando la armonía se rompe, cuando la totalidad se agrieta, cuando existe la pretensión de desprenderse del ser —increado e imperecedero— todo deviene en lo opuesto: la negra mancha del no ser. Así el Uruguay: su independencia, su identidad, sus signos problemáticos defendidos con tenacidad heroica, no son más que espejismos, cristales empañados, alucinaciones mortificantes.

El hecho de la separación acarrea a la muerte vengadora. El convencimiento de nuestra inviabilidad, la necesidad de la integración regional —muchos dicen que se recrean así viejos espacios regionales— son filosos puñales que se hunden mansamente en nuestro cuerpo y la sangre derramada señala que las cosas sólo aspiran a retornar a su naturaleza inicial. Tiempo de inquietudes, de mitos, de cursos erráticos y de arrebatos que deberán ser expiados con la desaparición.

¿Quién se atreve, hoy día, a razonar de este

modo?; ¿quién es capaz de sostener esta narración del eterno retorno?. Probablemente muy pocos, al menos en su última y desastrosa negatividad. ¿Qué diferencia existe entre esta arcaica versión y las coacciones simbólicas del discurso modernizador, con su terror apocalíptico a quedar fuera del mundo, con su dolor anómico ante la no existencia y ante la pavorosa posibilidad de no ser iguales?

Pero estas profecías son limitadas, y mucho más planteadas desde el terreno de la puridad ontológica. Si hablamos de la necesidad de la muerte. ¿por qué no hacer análoga cosa con la vida?: si se presume la extinción de un país, siempre han de quedar resabios, supervivencias, ingredientes insospechados de identidad, con lo cual toda pretensión escatológica caduca y se invalida, aunque ella se apoye con vigor en la mismísima razón económica. Porque en cualquier caso —vida o muerte— es absurdo presuponer el ser y la entraña de un país mediante unas pocas y aporéticas claves de sentido. Ello equivale a dibujar una forma, una normatividad, un contorno ético y una direccionalidad imperativa, fuera de toda esfera de evaluación reflexiva.

Por el contrario, hay que insistir con que el lenguaje es crítica de la vida: nombrar, separar, comprender, pero también juzgar. Y la cuestión de la identidad y del sentido son signos de vida o muerte para el Uruguay del siglo XXI, en tanto sujeto aislado, perplejo, en el cruce de caminos, que debe rehacer su matriz mental cascoteada por los aleteos modernizadores. Pero fundamentalmente, por lo que el sentido implica de imposición. Advertir la hondura del problema como vacío y como ausencia, pero además como la germinación de nuevas formas de dominación.

En un presente gobernado por el "cómo se hace", por el "nada importa ya" y por el "nada es" — y coronado todo ello por el ínclito recitativo del cambio continuo— los torrentes de lava incandescente ocultan que un país no es meramente la realidad de sus hechos, sino además la realidad de la significación; que detrás de las relaciones de fuerza hay formas de sujeción y control; que los límites del mercado no son parangonables a lo auténticamente múltiple; que la pluralidad debe asumirse como una armonía problemática y conflictiva, casi heracliteana; que no sólo existe la realidad de los tiempos políticos, sino también las exigencias de las mediaciones y las representaciones; y que las necesidades funcionales de la división del trabajo y la expansión tecnológica se incrustan —como aspas que mutilan— en la propia naturaleza humana.

## II

Plantearse el destino del país es esbozar en toda su magnitud el problema humano. Así, por muy inverosímil que suene, recortar el futuro probable implica en este caso silenciar la proyección, el cálculo, la evaluación de fines y medios, los esquemas causales. Más allá de los cambios económicos y productivos, optamos por advertir las tendencias que los posibilitan; por encima de la incorporación de tecnología, la capacitación laboral y la adecuación de nuestra producción a la exportación, preferimos desentrañar los sustentos simbólicos de tales proyectos.

Hoy en día, en una sociedad civil como la uruguaya, tradicionalmente débil e imposibilitados sus actores para consagrar hegemonías de larga duración, los esfuerzos están destinados a gravitar sobre los distintos subsistemas sociales. Metas, instrumentos y estrategias se lanzan al abordaje de las perspectivas, las potencialidades y las necesidades de adaptación. Prosperidad o ruina: en definitiva, todo pasa por esas coordenadas. El resto es simple derivado, candado mental, obstáculo en plena marcha que debe ser diluido o calibrado como la amable contracara práctico-moral de los requisitos económico-tecnológicos. ¿Acaso todos estos reparos deben interponerse solamente ante modelos de desarrollo basados en la injusticia, la exclusión, la desigualdad y la liquidación transnacionalizadora del país?: ¿o más bien riegan la duda ante todo impulso modernizador? De afirmarse lo segundo, ¿puede el Uruguay mantenerse al margen y asumir los riesgos, negando páginas históricas que lo han identificado por sus saltos cualitativos? Es imposible responder con dicotomías informáticas. Si hoy algo nos atemoriza, nos incomoda, nos desborda de incertidumbres —y en ocasiones nos autoflagelamos— ello es atribuible a los signos de la modernización. Se han acallado muchas contraposiciones, rivalidades y luchas para entregarse con exclusivo fervor religioso al

continuo tradicional-moderno. Casi como un mudo regreso de aquellas turbulencias que surcaron las transformaciones del Uruguay del siglo XIX, cuando Angel Floro Costa, con su nihilismo positivista, alababa a "las leyes naturales del mundo económico en que están archivados los verdaderos secretos de la historia", y cuando José Pedro Varela hablaba de la política como ciencia experimental — asimilable al pragmatismo actual—, obligaba a involucrarse en la utilidad de los hechos y advertía acerca de las "amenazas para el porvenir" (el atraso y la ignorancia como riesgos supremos para la propia nacionalidad).

Principio y fin coinciden en el círculo: el ayer y el hoy inundados por los llamados al realismo, a los negocios y a las empresas. Sobre los restos del cadáver de la metafísica, alguien postula que nada se crea y todo se transforma. El Uruguay de ayer pudo conformar su primer imaginario nacionalista<sup>1</sup>; el de hoy, busca traductores que postulen la organización empresarial del trabajo —esa "gran abstracción ideológica de la época", al decir de Horacio González— y se sumerge en el dictado tecnológico que hace del mundo "una habitación o una cartuja medieval". Todo aquel que se niegue a semejantes zambullidas deberá pernotar debajo del puente y rezar para que no se lo devoren los insectos del pasado, las plagas de la duda y demás dialécticas paralizantes.

Muy a pesar de los frenos y los bloqueos, allende las interferencias populares frente a un despiadado neoliberalismo, el país se halla interpelado, de la raíz a la copa, por el reto modernizador. Y esta verificación no puede ser explorada solamente en el discurso político, en la cuantificación de las inversiones, en la transferencia de tecnología o en el ingreso de capitales extranjeros. Antes bien, ha de dilucidarse en los contornos del mundo de la vida, en el consumo y en las preferencias, en los ritmos, en la interacción, en las mutaciones lingüísticas, en las urgencias generacionales y en la conciencia biográfica. Frente a la extensión omnímoda de una moral estratégico-utilitarista, plantearse el destino del país se vincula con dos cuestiones decisivas: en primer lugar, adherir meramente a las leyes de la facticidad y apropiarse de la razón como instrumento de productividad y estabilidad social, comportará inimaginables consecuencias para el tejido social. En segundo lugar, sin olvidar las reservas potenciales de nuestro liberalismo político, los grandes

<sup>1</sup>Ver CAETANO, Gerardo. "Notas para una revisión histórica sobre la 'Cuestión Nacional' en el Uruguay", en *Culturals) y nación en el Uruguay de fin de siglo*, editado por Hugo Achúgar Montevideo, Fesur-Trilce, 1991; e *Ibíd.*, "Identidad nacional e imaginario colectivo en el Uruguay. La síntesis perdurable del Centenario", en *Varios. Identidad uruguaya: ¿Mito, crisis o afirmación?*, Montevideo, Ediciones Trilce, 1992.

desafíos actuales también transitan por los umbrales connotativos de la noción de libertad, ya que ésta no puede quedar circunscripta a un sistema de representación política, ni a la institucionalización de un mercado manipulador y uniformador.

La libertad significa la ruptura constante de aquellas **identificaciones** adaptativas y reproductivas. Lo que perfila el carácter libre de nuestro futuro —parafraseando a Cassirer— no es la ausencia de motivos, sino la naturaleza de los mismos. Y en este sentido, angostando los cauces, el discurso tecnocrático repite el elemento mítico más antiguo: aquel que habla de un destino inexorable, irrevocable e inevitable. Ante lo cual —por el contrario y tranquilizadoramente— el saber de las ciencias sociales nos enseña que la materia de que se compone todo orden social ha de ser producida y reconstruida una y mil veces.

En definitiva: ¿qué será de nosotros si la línea progresiva de la racionalización del mundo nos envuelve con el deseado éxito? Si el país se transforma al gusto de los sibaritas de la modernización, ¿cuál es el lastre que dejará tras de sí? Una respuesta incierta, que nos debe alertar sin embargo acerca de las **consecuencias involuntarias** de todo proyecto de mudanza institucional.

En tal contexto, sólo vale un despliegue crítico-compreensivo, el cual no se emparenta con la absurda y vulgar resistencia ideológica al sistema, ni con el repertorio de consignas economicistas cuyo radicalismo soberbio y apriorístico cancela con desprecio supino todo esfuerzo hermenéutico.

En el estado tecnológico transicional del Uruguay de hoy, hay que desbrozar el corazón de un pensamiento que sólo articula fines y medios, que insiste en lo objetivamente razonable y que se traba en comunión inviolable con la totalidad de lo existente. Es así que la formación de la voluntad colectiva resulta disuelta por las necesidades funcionales de los sistemas autorregulados, al tiempo que la integración social —la marginación les aguarda a los que no se pliegan— se guía por el termómetro del dinero, la profesión y el poder.

La mediatización entrevera y solapa el interés particular con el general, el sentido es operacionalizado o trasmutado en su significatividad y, a pesar de la aparición de nuevos sectores sociales —prosperan elencos de técnicos, científicos, planificadores y empresarios—, persiste la confusión de roles y la orfandad de sujetos de cambio.

Nuevamente, ¿qué será del Uruguay transnacionalizado e integrado regionalmente?. Tampoco aquí los términos de la ecuación han de estar regidos simplemente por el clivaje nación-región/nación-mundo, sino por la extensión pregnante de una racionalidad instrumental que regula los espacios colectivos y biográficos.

Elaborar un pronóstico y sentenciar acerca de la viabilidad o inviabilidad con los platillos de la balanza cargados exclusivamente con el estado de competencia de nuestra estructura productiva, es olvidar peligrosamente que la médula de nuestra identidad se halla severamente interpelada.

Del mismo modo, las transformaciones de los procesos de conciencia o de mentalidad —tanto en su faz interpretativa como normativa— no pueden ser equiparados como simples epifenómenos de las exigencias del sistema económico, ni ser evaluados en términos de adecuación/inadecuación. Asumir tales niveles significa escamotear todos los antagonismos, desconocer las intencionalidades y neutralizar las pretensiones de verdad.

Y las preguntas desfilan en turbión: ¿de qué sirve reconocer con tanta tibieza, con tanta pálida indignación estos hechos avasallantes?; ¿existe acaso una conexión de esencia primordial entre la razón instrumental y la desigualdad, la sumisión y el vasallaje?; ¿qué señala nuestra historia acerca de los valores de productividad, eficacia y racionalidad tecnológica?

Los modernizadores que nuestra época pergeña se atreverán con la última de las cuestiones: echarán fuego contra el hedonismo de los uruguayos, abominarán los funestos años del asistencialismo providencialista, se pronunciarán con dignidad sobre la lamentable complexión innovadora de este pueblo, canjearán el riesgo por la seguridad y condenarán —pues no podría ser de otro modo— al sistema educativo y al Estado. Y todos estaremos de acuerdo.

Con lo cual, cabe otra pregunta: ¿hasta qué punto las instancias traumáticas de la dictadura —entre otros muchos efectos— no han generado un apego inconsciente a este principio de realidad racionalizada, que posee al menos una fuerza simbólica llamativa?.

Cuando la confrontación racional entre lo que es y lo que **no es** se inclina apenas por este último, lo hace para pregonar y soñar —aunque nunca se sueña el mismo sueño— al compás del cambio, la excelencia y la innovación refulgente.

La verdad y sus pretensiones, lo que no es, el arte, la memoria colectiva, el pasado y el sentido se arrinconan ante una racionalidad informática que invade el ámbito del trabajo y de lo cotidiano, que le imputa memoria sólo a las computadoras, mientras que almacenar y conservar se convierten en los grandes ideales prácticos de estos días.

Y todo ello como tributo al crecimiento, a la simplificación, a la rapidez y al tiempo libre; y todo ello a un paso del vacío anómico, allí donde resuenan las imprecaciones de Kraus: “¡Por mi vida, cuánto me gustaría saber qué hace tanta gente con la famosa ampliación de horizontes!”.

## III

Nuestra única alternativa —puesto que no se puede pensar por todos y a partir de todos— es acompañar el trajinar del Uruguay desde el mirador de las ciencias sociales. ¿Qué relación puede haber entre éstas y el futuro del país?. Estamos convencidos que dicho vínculo estriba en la comprensión del sentido y en la reconstrucción de los motivos presentes en la acción de los sujetos sociales. Los distintos sectores de la sociedad han acostumbrado su pupila al hecho que las ciencias sociales —pensemos fundamentalmente en la economía y en la sociología— razonen y actúen como asesoras, como conformadoras de modelos, alternativas, plataformas e informaciones aplicables. Lo que provisionalmente puede denominarse espacio simbólico de la convivencia, plexo comunicativo, ostenta como objeto de estudio una existencia precaria y se afínca en aquellos con pasión y curiosidad investigadoras.

Sin embargo, últimamente en nuestro país —y desde los diversos ángulos del cuadrante— se ha materializado un impulso revalorizador de ciertos ejes temáticos, llevando las modalidades interpretativas a registros interesantes e inéditos. Se trata de un esfuerzo disciplinario que no sucumbe al juego de las fuerzas económicas, que apuesta a la penetración cognoscitiva de la vida social, que restablece una zona de producción ensayística y que tiene un impacto incierto sobre un público ampliado. Efectuar balances o señalamientos críticos es arduo e inútil. Antes bien: amparados por la renovación teórica y por las mudanzas del método, teñidos por las urgencias del sentido, resoplando al abrigo del imperativo funcional-sistémico o dilatándose en la perspectiva simbólica e histórica, tales desvelos han girado —una y otra vez— en torno a nuestra identidad nacional.

La variedad conceptual queda recortada a través de los mitos, la memoria colectiva, las representaciones sociales, los núcleos ideológicos de legitimación, el imaginario social, el universo simbólico, la sensibilidad, etc. Son muchos los que creen que algunas de las disciplinas sociales se juegan su futuro intelectual en estos temas. También hay quienes manifiestan que, hasta el momento, los abordajes presentan una serie de rasgos comunes: una cierta debilidad teórico-filosófica, una despreocupación por la **sistematicidad** y por el **método** y una línea de reflexión que atribuye más de lo que analiza, que sospecha más de lo que comprende y que merodea en las inmediaciones más de lo que profundiza.

En efecto, los inconvenientes más habituales surgen a la hora de conjugar los principios de unidad y de diferenciación, salteándose los procesos de conciencia de los sujetos sociales y construyendo —con una pizca de impunidad— mapas de homogeneidad y

heterogeneidad. Sólo en el yo de la autoconciencia del sujeto puede restablecerse la autoconciencia de lo general y lo particular, enseñaba Hegel. En este sentido, pues, ¿cuáles son los criterios sociales que avalan que el Uruguay batllista por ejemplo fue una sociedad, sin más, integrada y homogénea?: ¿de qué objetividades estructurales asirse para asegurar que nuestro presente está signado por el caos y la dispersión?. Toda respuesta apresurada entraña un riesgo de deformación reificadora, incluso manipuladora. Cosa semejante ocurre cuando adjetivamos sobre una identidad como abierta o cerrada, tradicional o moderna, puesto que constituye siempre una intelección prefiguradora y fuertemente ideológica.

Por otra parte, es común presumir sentido —directamente y como reflejo— a partir de las posiciones y los lugares que se ocupan, por ejemplo, en la división del trabajo. Esta relación de causalidad no sólo es insostenible por sus flaquezas comprensivas, sino además porque abona una visión coactiva del deber ser, crea y estatuye parámetros de normalidad. A veces como una variación, o a veces en un plano ya decididamente interpretativo, se suscribe una línea de determinación de lo fáctico y lo real sobre lo imaginario o lo autoperceptivo, quedando en la penumbra todo rastro de reciprocidad, toda productividad del sentido como constructor de mundos sociales.

Sin embargo, más acá o más allá, se reconozca o no, muchos de estos nuevos empeños comportan cargas paradójales con relación a los enfoques predominantes en ciencias sociales. Por las tensiones que se introducen en el paradigma sistémico cuando los renglones de la **existencia** —punto de interesante polémica— inciden decisivamente en la acción de los grupos sociales; por los vientos que soporta el paradigma hegemónico cuando se relativizan sus pesados supuestos de necesidad; por el mal semblante que muestran las visiones de lo imaginario colectivo, las mentalidades, etc. cuando se trazan objetivaciones vacías y escasas, cuando tipifican y consagran, cuando no pueden postular sencillamente que las entidades generan identidades sino que, en realidad, hay que indagar en la intrincada dialéctica entre lo óntico y lo ontológico, entre el contexto social y las pretensiones de verdad.

Del mismo modo, se advierte en ocasiones un uso abusivo de determinados conceptos asociados a las formas simbólicas. Tal el caso, por ejemplo, del mito: desbaratado y vilipendiado, con enormes posibilidades explicativas, ha sido visto nada más que como la falsedad, la caducidad, lo que debe dejarse a un lado. Todo ello dentro de un concierto de actitudes en donde son muchos los que, sin demasiado trámite reflexivo e interpretativo, se arrojan la potestad de dictaminar acerca de lo que está definitivamente muerto. Y así se delatan dos intentos: uno de ellos es la pulverización de ciertas imágenes legitimantes, rectoras en otros tiem-

pos, mientras que el otro destila una presunción, un aburrimiento, un irónico cansancio frente a toda verdad, ya que "el orgullo o el desánimo nos inhiben de opinar". Alcanza con que algo sea expresado para desear su liquidación. Las dos perlas de nuestra época son la saturación y la simplificación comprensivas. En el caso del mito, se opaca siempre la verdad que está detrás de su falsedad, se repara más en los contenidos de su narración que en su articulación formal y su capacidad expresiva, se olvida su afirmación de la permanencia de la condición humana y su complicidad con ciertas recurrencias del pensar racional.

En rigor, los vínculos son indisolubles: entre pensamiento y realidad, entre las exigencias de los sistemas sociales y la lógica de investigación, y entre esta última y la teoría de la sociedad. En cualquiera de estos casos puede inscribirse el tratamiento sistemático de la identidad. Una correcta aleación entre teoría de la acción, hermenéutica y fenomenología arrojará resultados sugestivos y no desdeñables desde el punto de vista prospectivo.

Se nos ha de permitir un breve ensayo de interpretación a partir de un ejemplo histórico: el de las FF.AA. uruguayas<sup>2</sup>. Todavía las ciencias sociales no han dilucidado acabadamente las causas y las motivaciones subyacentes al golpe de estado de 1973. Se han ofrecido toda clase de argumentos: ya sea por la lógica inexorable del sistema o por el vacío de poder —fruto del descaecimiento de los partidos políticos—, ya sea por los perfiles organizativo-institucionales y las tendencias inherentes al autoritarismo, ya sea por la influencia de la variable exterior o por la introyección de los contenidos argumentales de la doctrina de la seguridad nacional.

Sin embargo, hay que señalar —sin alentar exotismos— que sin el auxilio relevante de las últimas indagatorias de la historia en el terreno de las mentalidades y de las sensibilidades es muy poco más lo que se podría decir. Fundamentalmente, porque allí se revelan las claves condicionantes del origen de la institución militar: aquel contexto signado por la debilidad del Estado, por el protagonismo guerrero, por el particularismo, por una desbordante conciencia empírica, por la imposición de la violencia y por la autofacticidad legitimante.

Por el contrario, cuando los procesos de modernización y tecnificación se consoliden, con la reafirmación del poder central del Estado la violencia será institucionalizada y disciplinada.

<sup>2</sup>Muchas de las intuiciones explicativas acerca del derrotero seguido por las FF.AA. uruguayas, se hallan comprendidas en un trabajo -todavía inédito- realizado por el sociólogo Alejandro Montes.

Son años en los cuales las FF.AA. forjan sus contornos organizativos y funcionales; son años también en donde se registra una severa coloradización de los mandos. A su vez, en el transcurso de las dos primeras décadas del siglo XX, las FF.AA. fueron equipadas, capacitadas y alteradas estructuralmente. Por su parte, se las creyó profesionales, subordinadas, apolíticas y socializadas bajo los seductores aromas de la democracia. Pero como factor real de poder resultaron objeto permanente de la puja política y de la cooptación partidaria, entablándose una relación problemática — aunque con relativa visibilidad pública— con el sistema político.

Ya desde muy temprano se insinúan dos poderosos rasgos: en primer lugar, una interacción basada en el particularismo —interpelación personalística— y una marginación operativa (una vez que hubo periclitado el proceso de equipamiento), todo lo cual dejó sin espacio ideológico a las FF.AA.

Desde las entrañas de la razón se sublimó una racionalidad instrumental sin la más mínima posibilidad de canalización funcional. De esta manera, los mecanismos sustitutorios se apropiaron de la violencia — y su sentido de acción vital— como una aparentemente anodina instancia de vivencia, de evocación y de recreación rituales. Y así se alza el segundo rasgo: la mentalidad.

Con una curiosa y compleja mezcla de positivismo religioso, de racionalismo místico, con enormes dificultades para encarnar roles —fomentado todo ello por las imágenes que la propia sociedad civil labraba—, las FF.AA. uruguayas desarrollaron líneas prietas de sentido, de autojustificación, de identidad.

Las corrientes de conciencia y las turbulencias subjetivas sólo son entendibles en conexión con la dimensión físico-espacial, con la latencia, con la intemporalidad persistente y con la pretensión de ajenuidad frente al acontecer de los hechos, fusionándose además lo mítico, lo religioso, lo nacional-popular, lo político, etc.

Cuando la década del sesenta entronice la violencia política y social, retornarán las condiciones del pasado, se abrirán las compuertas y las vivencias se desgranarán en nuevas modalidades de acción.

El factor exterior o imperial, más que pasto doctrinario, será convergencia política y, esencialmente, posibilidad tecnológica. Se suman así algunos datos imprescindibles para la intelección tanto de la marginalidad política como de la irrupción autoritaria —en conflicto siempre con otras identidades— de las FF.AA. uruguayas. ¿Fueron éstas, acaso, una creación deforme del Uruguay democrático?

En parte sí, puesto que florecieron en él, a partir de su propio autoconvencimiento, de sus propias impericias comunicacionales y de sus lamentables errores de percepción y de relación.

¿Qué nos enseña el ejemplo? Primeramente, que existe siempre una tensión entre las "orientaciones de acción de los participantes" y los "plexos de acción no pretendidos", más allá de la conciencia.

En segundo lugar, que los derroteros de la identidad pueden ser múltiples, condicionados por los contextos sociales, las transformaciones tecnológicas y las pautas de interacción. Finalmente, junto con la importancia de la historia —que revela que la intemporalidad es una de las formas del tiempo— y junto con la verificación de capas existenciales (que involucran la polivalencia de los valores), se demuestra cómo las identidades crean y conforman la realidad social, se traducen en tipos de acción; y además cómo en la lógica del mundo de la vida, en las prácticas cotidianas y en los registros del lenguaje —en tanto tradición y dominio— cada época engendra sus monstruos.

#### IV

Por más que estemos pertrechados, atrincheros y resueltos a no dar alimento a los ensueños, siempre subsiste algo de amable inutilidad y de vana conducción al procurar atrapar el alocado torbellino de las ondas de nuestro destino. Subsiste un vacío tan inevitable desde el corazón de la naturaleza humana como desde la adivinación que conjuga —con rigor y método— variables económico-estructurales.

Porque los valores mutan a velocidad incontrolable, porque las exteriorizaciones y las sensibilidades se imponen sin más ley que su necesidad, porque la pluralidad se transforma en una articulación falaz de contradicciones sociales, en donde la acción se separa —con la indolencia de la hoja que cae del árbol— de la propia expresión, en donde quedan pulverizadas la unidad y la memoria biográficas y en donde se renuevan las formas de identificación y las pautas de ejercicio y adscripción de la autoridad (ahora son los padres —y con razón— los que temen a sus hijos).

Sin más, en el marco del proyecto neoliberal sólo nos aguarda un futuro de creciente desigualdad social y una convivencia administrativamente regulada.

Asumir meramente unaracionalidad instrumental —o sus contracasas de desasosiego y enajenación mítica— conducirá a un sujeto sin autonomía, imposibilitado para calibrar los secretos de nuestras "herencias", inerte para rescatar "los cursos de desarrollos frustrados", de los que hablara Real de Azúa. Sin embargo, ¿cabe imaginar un futuro sin pistas estratégicas, sin un trazado de objetivos y medios, claros y audaces?

Naturalmente que no, y ellos estarán orientados a mitigar las asimetrías insoportables; pero también deberán resultar tensionados por una dialéctica

que potencie el substrato del nosotros, de lo ontológico —que rescate, por ejemplo, el eje de las convocatorias multipartidarias— del ser: redimensionándolo, criticándolo, comprendiéndolo en sus más sutiles matices, sin olvidar que tal ser echa raíces en lo existente y que, en ocasiones, comporta indicios paradójales con relación a las terribles realidades que se abren bajo nuestros pies. Si de alguna manera pudiera hablarse de misión, la de las ciencias sociales sería la de acentuar reflexivamente las pretensiones de verdad, en tanto saber que es consciente de su propia dependencia y contingencia.

Hoy en día prospera —deliberada o inconscientemente— una extraña visión orgánica del progreso —de facciones similares a aquella del pensamiento antiguo— la cual, si bien asume la crisis y el conflicto como elementos superables mediante la ampliación funcional de la división tecnológica del trabajo, funda a su vez un estado —una línea rígida— de normalidad y de necesidad que justifica cualquier tipo de imposición social.

Por todo esto, frente a la necesidad funcional y al sistema, oponemos la necesidad vital y el sujeto. Quizá allí radique la urgencia de un análisis hermenéutico e interpretativo, sustento legítimo de toda proyección, puesto que es en aquéllos últimos en donde puede anidar el autoritarismo y sus caracteres, o bien germinar utopías tales como las de un cibernético país de servicios.

Empero, estamos persuadidos de que el espacio decisivo es el político, el cual también se compone de motivos, de pretensiones invariantes, de interacciones y de exigencias del contexto.

Con mayor o menor intensidad —y el fenómeno tiene una verificación universal— frente a él arraigan una indiferencia rupturista y un profundo descrédito que, entre otras consecuencias, evaporan en las conciencias de los sujetos el vínculo con los postulados generales y con las visiones de totalidad.

Y mientras dicho vínculo agoniza, resplandece lozano el reinado de la voluntad particular.

Complementariamente, el sistema político se aleja —y no sólo por razones normativo-institucionales— de sus canales de representación, esgrimiendo los imperativos de funcionamiento de un sistema autorregulado, los cuales disuelven todo argumento de demanda.

La corrupción, la desigualdad y la violencia estructural son toleradas en sentido homenaje al equilibrio. Esta racionalidad horada la lógica —formadora de la voluntad— de la mediación, de la comunicación y del diálogo. El pragmatismo y el llamado realista están en su base. La verdad, la apetencia de lo absoluto y la duda productiva son parangonadas a la absurda utopía y al pasado demencial que bien merecen ritos incineratorios.

Así, el sistema político oscila entre dos puntos: entre la promesa consuetudinaria y vacua, y la creación de culpas mediante una lluvia de admoniciones que caen—como castigo maldito—sobre la población: por el metal de su alma colectiva, hecho de inercias, ataduras, provincianismos, inmovilismos, etc.

Casi se podría decir —y es una de las notas trágicas de nuestro presente— que este alegato acusador (que no sólo se dispara desde el sistema político, claro está) es el único atisbo en donde el concepto — en tanto pretensión ideal— y la realidad se oponen. Muy emparentado, eso sí, con cierta tendencia monotemática hacia la novedad y el cambio, la cual soslaya que las apoyaturas de esta civilización que nos rodea consisten en determinadas lógicas de perpetuación y mantenimiento y en cierta configuración apriorística de valores que se consagran y se comercian. La retórica publicitaria, por ejemplo, hace de la realidad humana un receptáculo de valores positivos y paradigmáticos con la sola intención de producir un efecto: la venta.

En realidad, parafraseando a Kraus, lo humano es siempre el “último efecto”. Es la búsqueda, la auto-crítica, lo ulterior, lo que vendrá, lo que no admite contrato con las desgracias de la emigración, la pobreza, la uniformidad artística, la impotencia social y con la idea que la democracia signifique “poder ser esclavo de cualquiera”.

La resignación y el apotegma de la felicidad — que postula, a pesar de todo, que vivimos en el mejor de los mundos posibles— no son sino imbéciles pasos triunfales hacia una circunstancia peor. La indiferencia de hoy no es como la de Tales, el cual por mirar al cielo, dio con sus huesos en un pozo. Tampoco es como la de aquellos que, al decir de Píndaro, están “en la búsqueda de los abismos de la tierra” y miran “más allá de los cielos”.

Es una indiferencia cargada de peligros, de llanuras fácilmente poblables por las ansiedades de la modernización.

Llegado el caso será capaz de ofertar gustosamente mano de obra capacitada para derribar obstáculos, para avasallar, para eliminar al prójimo y para cavar profundas fosas colectivas en donde enterrar todo vestigio malsano.

## V

No hemos intentado profecías, en tanto pronóstico racional o vaticinio socio-económico; tan sólo se ha ensayado una anticipación sensitiva, un seguimiento con la mirada de aquellas corrientes que confundirán sus aguas en el delta del siglo XXI, sin dejar de alentar una percepción dolorosa acerca de futuro. Y frente a los requisitos de lo auténticamente nuevo, habría que suscribir con Goethe: “cuando nos encontremos con algo grande, bello o significativo, no tenemos por qué retrotraerlo o convocarlo, como si fuera a aparecer ante nosotros. No, ha de gestarse por sí mismo en nuestro propio ser desde el principio, debe formar un todo con nosotros y vivir para trabajar en la formación de un Yo nuevomejor. No hay ningún pasado en el que podamos pensar sin remordimiento; sólo hay **un presente eterno, surgido de los elementos esparcidos del pasado**, y el anhelo genuino de ser productivo, ha de dar forma siempre a algo nuevo mejor que lo que le ha precedido”.

En definitiva, pues, la vocación hermenéutica ha de permitirle a las ciencias sociales dejar de ser un mero análisis de espectros. En la médula del problema se ubican los sujetos portadores de identidad, con sus identificaciones cotidianas, con el “enigma” de los orígenes. Una identidad nacional, por su parte, que deberá estar sazonada con ciertos condimentos trágicos, es decir, a la espera de momentos decisivos en donde “somos iguales a lo que hablamos”. Asumiendo la debilidad de sus tradiciones y potenciando los núcleos fuertes de la modernidad —evitando las unilateralidades de la racionalidad estratégica— el Uruguay del futuro habrá de saber que “tan sólo con la concepción de la libertad individual, tiene sentido la libertad de las naciones”. Alguien ha dicho que toda acción es un sacrilegio ante los ojos del espíritu. Con razón o sin ella, sin embargo se deben multiplicar los empeños por incidir sobre la realidad —alterando y reflexionando— puesto que la gracia de la humanidad está en la felicidad, en la justicia y en el gozo de las cosas comunes. Aunque cueste admitir —con irónico escepticismo y sin tarambanismos ingenuos— que a pesar de tanta fatiga la vida continuará pecando imperturbable.